

La pandemia: azar y «estado de muerte»

Sonia Viramontes Cabrera

 El 20 de marzo de 2020 se decretó el aislamiento social y preventivo obligatorio en México, a partir de ese día se cerraron las escuelas y empezamos a vivir con formas a las que no estábamos acostumbrados. Dejamos de salir y empezamos a limpiar y a lavarlo todo por el miedo que entró a nuestra casa. Nos asustamos tanto que empezamos a lavar hasta los plátanos. Se nos despintaron los pantalones por el cloro y se nos resecaron las manos por los geles. Nunca antes habíamos tomado tantas veces nuestra temperatura, nos enmascaramos y dejamos de saludarnos porque no sabíamos a ciencia cierta cómo se producía el contagio. Pero las cifras de contagiados y de muertes por COVID-19 aumentaban.

Se fue implementando poco a poco una manera de resolver el avance de los cursos académicos, la educación en todos los niveles empezó a realizar sus actividades en línea, aprendimos a usar la tecnología y las videollamadas, nos acostumbramos a los problemas técnicos y a las dificultades económicas de miles de familias que tuvieron problemas de espacio y de conexión en sus hogares. Supimos con certeza que el dinero en miles de hogares no alcanzaba para cubrir los gastos de internet, ni para las computadoras o celulares que se requerían para esta nueva modalidad de clases. Los trabajos de mucha gente desaparecieron y eso agravó todavía más la economía porque el precio de los alimentos no dejó de subir semana tras semana.

Aprendimos a convivir en el silencio obligado de las reuniones virtuales y a tolerar las cámaras apagadas. Disminuyeron las interrupciones, pero también el número de personas que solicitaban la palabra. No sé si nos escuchábamos mejor que antes, porque entre otras cosas, aprendimos también a combinar nuestras actividades hogareñas con las de la escuela. En una reunión de profesores que se empalmaba con la hora de comer, se podía perfectamente preparar los alimentos mientras la gente hablaba y compartía sus opiniones. Los alumnos podían hacer tareas o seguir durmiendo mientras sus profesores se enrollaban en el tema del día. Para otros el trabajo se multiplicó, aumentando el estrés, pues pasaron de ser madres y padres de niños de preescolar, a ser los que preparaban el material para la clase del día siguiente. No cabe duda de que la escuela se modificó con la pandemia y nosotros con ella; se ablandaron las reglas administrativas en todos los sentidos: el uniforme, el envío de tareas, las firmas y los documentos se hacían llegar de

manera digital. Los exámenes, los congresos y todas las reuniones se realizaban en línea. Lo que antes de la pandemia se nos argumentaba que era imposible, se pudo hacer muy bien durante el encierro.

La verticalidad sobre cómo hacer algunas cosas en las instituciones se fue modificando hacia formas más complicadas, pero convenientes en cierto modo porque nos obligaron a diseñar y manejar plataformas para el registro de asistencias, tareas, participaciones, evaluaciones, etcétera. El miedo sin duda nos movió de nuestros lugares comunes. Pero qué es el miedo.

El miedo es una respuesta biológica innata que ha tenido una función básica en la perpetuación de las especies. Es una respuesta perturbadora, afectiva (compuesta de sentimientos y/o emociones), automática, normalmente de duración reducida y difícilmente evitable. En el ser humano se localiza en la amígdala cerebral aunque también está regulado por el córtex frontal. Es un fenómeno común a todos los animales y su expresión produce reacciones secundarias de tipo vegetativo como el sudor frío, taquicardias, hipoxia, dificultades para hablar, etc. Biológicamente se considera un mecanismo de supervivencia, útil y beneficioso ya que permite antecederse y reaccionar ante los peligros del mundo en que estamos inmersos y que debemos afrontar. El miedo tiene una base genética transmisible que apareció y evolucionó en nuestros antecesores biológicos, pero también se desarrolla en los individuos a través de un proceso de aprendizaje que es específico de cada persona. Con mucha frecuencia el miedo tiene su base en lo desconocido y por tanto el conocer y entender su origen minimiza o incluso puede evitar su expresión.¹

Aprendimos a tenerle miedo al virus de esta pandemia, durante un buen tiempo resultó ser un huésped

¹ Francesc Mestres y José Vives-Rego, «Reflexiones sobre el miedo en el siglo XXI: filosofía, política, genética y evolución». *Arbor*, 190 (769): a172, 2014.

incógnito y muy agresivo; invisible a los ojos de los hombres como es, produjo un temor cerval del que todavía algunos no se liberan. Con solo pensarlo, el organismo estaba a tope con una cascada de hormonas, las cosas se ponían peor con los informes sobre la resistencia de cada nueva variante: no se veía el fin. En momentos, incluso, parecía que su poder iba creciendo y los esfuerzos de defensa se mostraban cada vez más disminuidos, una verdadera locura. Finalmente aparecieron las vacunas, y aunque sin duda vinieron a ayudar, su novedad en un principio generó desconfianza y caos informativo. Grupos importantes de la población se negaban a ser inoculados, el miedo a que se complicara la salud alertó lo suficiente como para que la rechazaran; esto y la escasez de vacunas impedían que los casos disminuyeran. De forma que ante las amenazas reales o ficticias, el espíritu no paraba de agitarse y los rumores no dejaban de circular en todas direcciones. El miedo a morir se había instalado, las historias de miles de enfermos que habían desarrollado complicaciones de salud hasta tener que ser hospitalizados se agolpaban. Se saturaron los hospitales y los médicos escasearon, las muertes se multiplicaron y las funerarias se atiborraron. Para muchos la experiencia de la pandemia fue verdaderamente aterradora, familias que se fracturaron y no tuvieron tiempo para despedirse ni hacer los rituales de separación. Como si la tierra del mundo se les hubiera venido encima, sin que quedara nada por hacer.

Podemos decir que este miedo a morir guarda en el fondo un comportamiento absurdo porque la vida se caracteriza por su inseguridad. Sabemos por experiencia propia que nadie sabe cuál será su siguiente paso, que los planes y los proyectos están atravesados por el azar de la existencia y que nadie tiene certeza sobre lo que sucede. La única certidumbre que tenemos es que vamos a morir, nadie puede escapar a esta condición, pero es imposible saber cuándo, dónde y cómo será para cada uno de nosotros. Sin embargo, hacemos con ilusión todo lo posible por retrasarla: nos medicamos, nos hacemos cirugías para reempla-

zar o reparar lo que ya no funciona, nos alimentamos, nos ejercitamos y nos cuidamos de contagios y peligros potenciales de encontrarnos con ella. Lo cierto es que incluso haciendo todo eso, no hay garantía ni muchas posibilidades de esquivarla. La muerte nos llega tarde o temprano.

Clément Rosset, un filósofo francés y pensador contemporáneo, sostiene que el miedo de los hombres más que a morir, es a no tener certeza de lo que sucederá en la existencia. Rosset afirma que la intuición del azar es la matriz común de todas las angustias, es una idea considerada como un principio de espanto porque desbarata cualquier plan o proyecto que se construya en el sentido de la lógica esperable. Nada se sostiene en una base de apego seguro, en la vida todo se mueve y no hay certeza de cuál será la próxima dirección. Esta angustia que se repite varias veces a lo largo de la vida pone las condiciones para sostener que nada puede hacerse ante la condición azarosa de la existencia. Da miedo tener incertidumbre sobre asuntos específicos, pero da más miedo no tener nada en concreto a qué tenerle miedo. Pensemos por ejemplo en un virus invisible y mortífero que no se sabe bien cómo ni cuándo se incorpora al cuerpo para infectarlo.

El filósofo francés ilustra ese desasosiego con el cuento «*La noche*» de Guy de Maupassant y lo describe como la ansiedad que se produce entre el espanto y la idea de azar. En este cuento, Maupassant narra el paseo nocturno de un parisino desde que empieza a anochecer hasta el alba, aparentemente no pasa nada en la caminata salvo que de manera inexplicable empiezan poco a poco a desaparecer todos los referentes que le permitían reconocer la ciudad a ese hombre. El conjunto de cosas y de seres que conforman el espacio se van desvaneciendo lentamente, y cuando falta todo punto de referencia, el hombre se sumerge en una oscura confusión que experimenta el caos. El mundo muere y desaparece, se va diluyendo el tiempo y el espacio hasta la negrura más profunda. No hay nombres de las cosas, ni calles, ni personas, ni gatos, ni policías, ni hora, ni luz, ni relojes, ni rui-

dos, ningún sonido que ayude a distinguir una cosa de otra. Helado y ya sin fuerza para revertir el caos en que se había sumergido, sintió que jamás podría salir de donde estaba.

A esta experiencia en la que desaparece todo referente, Rosset la llama el *estado de muerte*, un estado de la conciencia en el que todo lo que parecía un conjunto establecido como «naturaleza» estructurada, se revela como un caos en el que el azar desbarata la «organización», y en la que poco a poco todo se va soltando, las cosas se desensamblan y se muestran en su singularidad única e irrepetible. Las cosas tal y como existen, sin relaciones y sin vínculos ilusorios.

[...] llamamos naturaleza a una cierta cantidad de elementos que, vistos desde cierto ángulo y a determinada distancia, pueden ofrecer a un espectador, en determinado instante, la impresión de constituir un conjunto. Así, «naturaleza» designa siempre, no un objeto, sino un punto de vista. Lo que llamamos, por ejemplo, «ciudad» no define un conjunto, sino cierto ángulo de visión.²

Pascal lo dice de la siguiente manera

Una ciudad, una campiña, de lejos son una ciudad y una campiña, pero a medida que uno se acerca, son casas, árboles, tejas, hojas, hierbas, hormigas, patas de hormigas, hasta el infinito. Todo ello se incluye bajo el nombre de campiña.³

Cuando desaparece el punto de referencia, el sentido enloquece y deja de haber dirección, aparecen todas las partes y al mismo tiempo ninguna, lo que se experimenta es un estado de angustia o *estado de muerte*: «El estado de muerte significa aquí que, sin razón aparente, la vida *ha cesado* en torno al narra-

² Clément Rosset, *Lógica de lo peor*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2013, p. 137.

³ Blaise Pascal, *Pensamientos*, Sección II, pensamiento 115 Diversidad, Espasa Calpe, Madrid, 1999.

dor — manifestando así que antes había vida». ⁴ El estado de muerte sería como el estado «natural» de las cosas, es decir, percatarse de que nunca hubo naturaleza, y que las cosas no han estado vinculadas unas a otras. Que la red de relaciones establecidas no ha existido nunca, y que la confianza depositada en ello, se ve desmoronada. Este carácter de pesadilla que se produce en el proceso de desorganización y muerte llega a coincidir con la vida.

La pandemia nos colocó en una especie de «estado de muerte», pues estando vivos y con estructuras más o menos funcionales, de repente un día nos cerraron porque nada se sabía sobre lo que podía suceder. Así pues, el miedo y la incertidumbre se mantuvieron con mucha intensidad durante algunos meses en los que el caos se apoderó de la convivencia y las estructuras sociales. Los espacios cerraron para evitar las aglomeraciones y modificaron sus reglas de acceso. El reacomodo nos dejó ver que la rigidez es solo un ángulo de visión que puede moverse sin problema ante la amenaza de un ente desconocido que nos coloca en una posición vulnerable. Aprendimos que las reglas no son tan rígidas y que pueden cambiarse (sin rigor) cuando todo es incierto y espontáneo, que ante el azar nada se puede esperar con certeza.

La experiencia filosófica de la perdición que se aproxima a la pesadilla, al delirio y a la angustia, no es la visión de muerte como un acontecimiento concreto, no es la pérdida de un ser querido o de los bienes en un momento dado, sino la perdición como un «estado de muerte» donde todo es inerte y azaroso, donde lo que existe, existe por azar y sin ser necesario para nada y para nadie. Un virus tan mortífero existe al mismo tiempo y en el mismo nivel de inmanencia que la humanidad tan vulnerable a él. Cuando se pierde todo referente, todo lo que existe se diluye en el conjunto.

Que desaparezcan el norte y el sur, la derecha
y la izquierda, la noche y el día, el pasado y el

⁴ Rosset, *op. cit.*, p. 138.

futuro, la vida y la muerte, significa que cierta región de existencia, o más bien cierto ángulo de visión, han sido privados de sus referentes habituales; la idea de azar constituyente, que se encuentra en el origen de cada una de estas pérdidas particulares, puede ser considerada como la razón general que ordena toda experiencia de la perdición. Perdición no designa, entonces, la suma de las pérdidas que pueden ocurrir, sino la verdad general de que no se puede perder nada, pues nada se tiene. ⁵

Así pues, en un estado de perdición y de muerte, no se trata de la idea de muerte como acontecimiento o como desaparición de ciertas cosas o series, sino de la idea trágica del «estado de muerte» que se extiende a todo «lo que existe». En el estado de muerte todo tiene un carácter único e irrepetible, las irrupciones son excepcionales y tienen el sabor a fiesta del que nada pierde porque nada tiene. Nada se puede esperar porque todo es incierto y espontáneo. Todo es azar, incluido el bicho que recientemente conocimos.

Fuentes

Mestres, Francesc y José Vives-Rego, «Reflexiones sobre el miedo en el siglo XXI: filosofía, política, genética y evolución». *Arbor*, 190 (769), 2014. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2014.769n5011>. Rosset, Clément, *Lógica de lo peor*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2013. Pascal, Blaise, *Pensamientos*, Espasa Calpe, Madrid, 1999.

⁵ *Ibidem*, p. 146.